

Mujer que inspiras

Cristina Del Toro Tomás

Karina escribía por un sinfín de motivos. Para acicalar con color una realidad gris y asfixiante, para mantener distraída a la soledad, para alejar el abrazo de la locura. Lloraba tinta para arinconar el olvido, para recordar que aún existía la belleza, que la esperanza nunca falla.

A veces la inspiración, esa raposa implacable, decidía hacer mutis por el foro —pues no se junta con cualquiera— y la abandonaba en los momentos de mayor necesidad. En esas ocasiones en las que todo parecía perdido y acechaba la temida página en blanco, hallaba aliento, y fe, gracias a ella.

Ella no era una persona específica, alguien a quien conocía. O tal vez sí. Ella era una palabra que abarcaba muchas vidas, muchos rostros, muchas existencias. Ella era la mujer.

Como autora, conocía el cúmulo de versos que le habían dedicado todos los escritores —hombres, por supuesto— a la mujer. Sabía que desde que el ser humano sintió la necesidad de reunirse en torno a una hoguera para contar historias, la figura femenina había sido elemento clave en la creación literaria. Y como buena escritora, ella no podía ser menos. La mujer siempre le había inspirado. ¿Quién si no, podía traer esperanza? Susurrando historias de resistencia, de sabiduría, de olvido, de pena, de dolor, y a veces, también, de alegría.

Los hombres escribían acerca de mujeres con labios de rubí, de tempranas rosas cubiertas de escarcha, otros las reducían al papel de madres, musas, o putas, idolatrando a la etérea, el sueño imposible. También se encontraba el otro extremo, claro. La manipuladora, la perversa, la figura castradora. Todo esto había llevado a Karina a la conclusión de que estos señores jamás habían visto ni una sola mujer.

Porque ninguno de sus versos, de sus ensayos o novelas, había abarcado jamás a la mujer real. No eran capaces de ver la verdadera esencia de lo femenino.

Los que durante siglos habían sido adalides de la palabra, los únicos autorizados para escribir, habían utilizado la figura femenina como impulso de sus obras abordándola siempre desde los prejuicios y el más absoluto desconocimiento. Quizá el mundo hubiera avanzado de forma diferente si se les hubiera dado a ellas la voz para contar sus propias historias.

Karina hablaba de las abuelas que no fueron a la escuela porque era más importante meterlas a servir a una casa, y aún así habían adquirido esa sabiduría que solo te otorgan ochenta años a las espaldas, muchas penas disimuladas y demasiados partos. Ella abordaba la maternidad sin ese absurdo ideal romántico que la cubría, de las mujeres que decidieron no tener hijos, de las que se arrepintieron de haberlos tenido.

Le gustaba escribir sobre mujeres que escribían, que se habían escondido tras los muros de un convento para, irónicamente, poder mantener su libertad y dedicarse a las letras. Hablaba de aquellas que no utilizaban tacón de señora, de las que reían a carcajadas y las que cruzaban los tobillos como buenas chicas. De las que no amaban a un hombre más que a sus gatos.

Le inspiraban las viajeras solitarias, las inmigrantes, las blancas, negras, latinas, gitanas. Las pobres de solemnidad. Las violadas. Las rollizas que removían un puchero con un niño colgado del pecho y otros tres correteando entre sus faldas.

Hablaba de sacerdotisas que intentaban hacer regresar a una antigua diosa a este mundo herido.

La inspiración venía de la mano de las doblemente olvidadas, aquellas a quienes nadie prestaba atención salvo para la burla: feas, prostitutas, gordas, transexuales, las mal apodadas marujonas; amas de casa sin cultura, que se vestían con batas acolchadas y leían revistas del corazón. Aquellas que sobrevivían fregando retretes, con la espalda destrozada por empleos precarios, el pelo sucio del sudor, y la frente oscura surcada por las arrugas que la preocupación había grabado en ellas. Un poeta jamás les habría dedicado unos versos de amor a semejantes figuras.

Mujeres sangrantes que miran hacia adentro rompiendo los muros de la indiferencia, que sienten desde las entrañas, que son fuego, que se apasionan, que cambian su entorno. Luchadoras que traen la risa, el amor, el futuro. Mujeres que sanan.

Las que se entregaban al placer sin pudor, celebrando sus cuerpos. Las relativamente fieles. Las abnegadas. Las científicas, las que hacían política, las que se abrían paso a codazos en un mundo de hombres.

Todo eso era solo una ínfima parte del universo femenino. Karina contaba con toda una vida para intentar dejar fiel testimonio de ello, aunque sabía que su obra quedaría inconclusa. Una sola persona no podría abarcar, jamás, lo que había tras el sustantivo mujer. Pero quizá, pensaba esperanzada, lograría encontrar ayuda. Quizá ahora ellas tomarían la pluma, el pincel, la partitura, la cámara fotográfica o de vídeo y por fin, tras muchos siglos de impuesto silencio, volverían a ocupar el espacio que se les había arrebatado, siendo ellas quienes se encargasen de explicar al mundo, de una vez por todas, lo que son las mujeres.